

bres á San Pambon, de quien hablaremos pronto, á San Isidoro y á los dos Macarios. San Isidoro se habia retirado desde jóven al monte de Nitria, á quince ó diez y seis leguas de Alejandría. Aquella soledad encerraba hasta cinco mil monjes, distribuidos en cincuenta edificios que contenian gran número de celdas: allí vivian los unos solos, los otros juntos. No tardó en distinguirse S. Isidoro por su fervor y por sus brillantes virtudes entre aquella multitud de piadosos solitarios. Le honró San Atanasio con su amistad, y le llevó consigo á Roma. En lo sucesivo ascendió al sacerdocio, y tuvo bajo su direccion el hospital de Alejandría. De los dos Macarios, el uno por sobrenombre el egipcio, fué el primero que habitó el desierto de Sceté, donde reunió muy pronto multitud de discipulos. Desde luego mostró una prudencia tan consumada, que le apellidaban el jóven anciano. Obró muchos milagros, entre los cuales puede notarse principalmente la resurreccion de tres muertos. El otro Macario, llamado de Alejandría, porque era natural de esta ciudad, fué algun tiempo discípulo de San Antonio, y despnes se retiró al monasterio de las Cellas, á tres ó cuatro leguas de Nitria. Llamábase así aquel lugar, porque los monjes que le habitaban vivian en unas celdas distantes unas de otras, de modo que no podian ni verse ni hablarse: solo se reunian en la iglesia los sábados y domingos. Macario de Alejandría fué ordenado sacerdote, y hecho superior de este monasterio; y llegó tambien á ser célebre por sus milagros y austeridades. Se cuenta que por espacio de siete años no comió vianda alguna caliente, y que por espacio de tres su alimento diario se componia de tres ó cuatro onzas de pan mojado en agua. Para vencer el sueño pasaba hasta veinte dias con sus noches al raso, expuesto al ardor del sol de Egipto y al frio de las noches, tan fuerte en aquel pais, que la regla de San Pacomio permite encender lumbre. En cuaresma no comia mas que el domingo, y solo algunas hojas de col, aunque constantemente estaba de pié durante los cuarenta dias de penitencia, orando y trabajando sin variar de postura. Un dia que manifestó deseos de comer uvas, se las enviaron muy buenas, y él mandó llevarlas á uno de sus hermanos que estaba malo: este las ofreció á otro, y este tercero se las dió á otro, y así sucesivamente hasta el último monje, que las devolvió á Macario sin saber que venian de él (1). Estos rasgos de admirable simplicidad eran comunes entre los monjes.

San Isidoro y los dos Macarios fueron deportados á una isla donde no habia mas que paganos. Cuando tocaron en la orilla, la hija del sacrificador, poseida del demonio, corrió á la barca gritando:

(1) Entre las antiguas reglas monásticas, hay una atribuida á un San Macario, que se cree es el de Alejandría. Tambien han llegado hasta nuestros dias algunas obras ascéticas y gran número de homilias con el nombre de Macario; pero no se sabe de cierto quién es su autor, aunque se atribuyen generalmente á San Macario el egipcio.

“Siervos de Dios, vuestro poder es invencible. ¿Quién intentaría resistiros? Vosotros venís á echarnos de esta isla donde viviamos desconocidos; no nos queda otro arbitrio que cederos el puesto.” Al punto cayó la jóven al suelo sin movimiento; acercáronse á ella los monjes, la levantaron, y le restituyeron su cabal salud. Su padre y todos los que habian acudido á los gritos, se echaron á los pies de los santos confesores, pidiendo que los instruyeran en su creencia. Fueron bautizados despues de las pruebas necesarias, así como los otros habitantes de la isla, y su templo se convirtió en iglesia. No tardó en saberse este acontecimiento en Alejandría, y el pueblo acudió en tropel á solicitar de Lúcio la libertad de los monjes. Temiendo éste una sedicion, dió en secreto la órden de dejarlos volver á sus celdas (1).

En los confines de la Palestina y de la Arabia, vivia otro solitario llamado Moisés, cuya reputacion llegó á oídos de la princesa Mavia, reina de los sarracenos. Estos pueblos estaban en guerra con los romanos hacia mucho tiempo, y Valente, cuyo imperio era bastante inquietado por las otras fronteras, se vió obligado á pedir la paz. La reina de aquellos, que era cristiana, estipuló entre las cláusulas del tratado, que se le diera á Moisés por obispo de su nacion. Condujeron al solitario á Alejandría, para que Lúcio le ordenara; pero cuando se presentó este intruso á hacer la ceremonia, le dijo Moisés á presencia de los magistrados y del pueblo reunido: “Deteneos: confieso que no soy digno del título de obispo; pero si se quiere que acepte esa honra, protesto á la faz del cielo y de la tierra, que no consentiré jamas en recibirla por la imposicion de vuestras manos, teñidas con la sangre de los mártires.” Quiso Lúcio justificarse, y respondió que no se le debía condenar así antes de saber cuál era su fé. “No necesito saberlo de vuestra boca, repuso Moisés: los obispos, los sacerdotes y los diaconos desterrados, condenados á las minas, arrojados á las fieras ó á las hogueras, no me dejan ninguna duda en esta parte.” Protestó de nuevo que no consentiria en que Lúcio le ordenara; y como era menester guardar miramiento con la reina de los sarracenos, hubo que llevarle á los obispos católicos confinados en las montañas. De ellos recibió la imposicion de las manos, y fué á tomar posesion de su ministerio. La mayor parte de los sarracenos eran todavia idolatras, aunque los milagros de San Hilarion y de algunos otros solitarios de la Palestina, hubiesen convertido ya á cierto número de ellos al cristianismo. Pero las instrucciones de San Moisés, sus virtudes brillantes y los prodigios que obró, no tardaron en producir una multitud de conversiones. Sus sucesores llevaron como él el título de obispos de los sarracenos ú obispos de las tiendas, porque aquellos

(1) *Ref. Vit. Patr.—Pallad. Hist. Laus.*

pueblos solían andar errantes y acamparse en tiendas en los vastos desiertos de la Arabia.

Valente comenzó á manifestar su ódio contra los monges, en una ley publicada á principios del año 373, en que se mandaba arrancarlos de las soledades para obligarlos á desempeñar las cargas municipales, so pena de perder sus bienes. Tres años más adelante promulgó otra ley para sujetarlos al servicio de las armas. Estas medidas dieron margen á increíbles violencias: los monges de Egipto se vieron reducidos á abandonar sus monasterios para dispersarse por los lugares más ásperos é incultos: gran número de ellos fueron asesinados por los tribunos y soldados que iban á alistarlos. Los de la Siria y provincias comarcanas huyeron igualmente para librarse del furor de sus enemigos, que devastaron las celdas, y quemaron las obras hechas (1).

Durante esta persecucion, Santa Melania, descendiente de una ilustre familia de Roma, y nieta del cónsul Marcelino, consoló y accorrió á los monges del Oriente. Habiendo perdido á su marido y dos hijos á la edad de veintidos años, se embarcó para Egipto á fin de visitar aquellos monasterios. Luego que arribó á Alejandria, fué á ver á San Isidoro, muy conocido en Roma, el cual la condujo al monasterio de Nitria, gobernado por San Pambon. Habia sido éste discípulo de San Antonio, y héchose famoso por sus brillantes virtudes. Ayunaba todos los días hasta la caída de la tarde, y juntaba siempre el trabajo manual á la contemplacion y á la oracion. Santa Melania le halló ocupado en hacer esteras de hojas de palmera entrelazadas, y le regaló diferentes alhajas de plata del valor de trescientas libras romanas. El solitario, sin dejar su obra, le dió gracias con estas palabras: "Dios os lo pague;" y dirigiéndose en seguida á un discípulo suyo, le dijo: "Toma esa limosna, y repárela á los monasterios de la Libia, que son mas pobres que los del Egipto." Viendo Santa Melania que al parecer no reparaba ni aun en la riqueza del presente, añadió: "Padre, conviene que sepais que son trescientas libras de plata." Mas el santo, sin interrumpir el trabajo ni mirarla, replicó: "Hija mia, aquel á quien ofrecéis vuestros dones, no necesita que le manifestéis su valor, porque pesa las montañas y el universo en su balanza, y ve con los mismos ojos el óbolo del pobre, que las ricas ofrendas de los poderosos de la tierra." San Pambon mostró toda su vida el mismo amor al trabajo y el mismo desprendimiento. Al morir dejó por herencia un canasto de mimbres que acababa de hacer. No llevaba mas que hábitos usados, como la mayor parte de los solitarios, porque no quería que un monge gastase vestidos que excitasen en nadie la tentacion de quitárselos.

Después de haber gastado Santa Melania unos seis meses en vi-

(1) Ruf. lib. II.—Oros. VII.

sitar á los solitarios de Nitria y de las inmediaciones, volvió á Alejandria, donde vió tambien á Didimo el ciego, cuyos vastos conocimientos eran la admiracion de su siglo. Ya hacia algunos años que la santa estaba en el Oriente, cuando comenzó la persecucion de los arrianos á los monges. Empleó aquella su crédito y riquezas, que eran cuantiosísimas, en aliviar á los confesores: mantuvo hasta cinco mil por muchos días: acompañó á los ciento y doce que fueron confinados á la Palestina, y quiso por sí misma atender á todas sus necesidades. Como los custodiaban rigorosamente, se ponía ella un vestido de esclava, é iba á la caída del día á llevarles las cosas precisas. Advirtiéronselo al gobernador, y la mandó prender sin conocerla. Ella le dijo inmediatamente su nombre y clase, añadiendo que le informaba no por temor, sino para evitar que por ignorancia incurriese en una desgracia que le fuese fatal. Asustado el gobernador, le pidió perdon, le tributó todos los honores debidos á su categoria, y le dió las mas amplias facultades para ver y socorrer á los solitarios desterrados. Melania fijó despues su residencia en Jerusalem, y allí permaneció veinticuero años ejerciendo la hospitalidad con los peregrinos que concurrían á la ciudad santa de todas partes, y principalmente con los eclesiásticos, los monges y las vírgenes (1).

Habiendo logrado Valente que sucumbiesen parte de los obispos de Oriente, y arrojado de sus sillas á todos los que habian permanecido inflexibles, resolvió acometer al fin á San Basilio, con quien habia tenido hasta entonces miramiento. Fué, pues, á Capadocia, sin que se sepa precisamente en qué época, y envió delante al prefecto Modesto, mandándole que obligara al santo obispo á comunicarse con los arrianos, ó en otro caso le echase de la ciudad. Modesto era el principal instrumento de su furor en el curso de la persecucion. Bautizado por los arrianos en tiempo de Constancio, que le hizo conde de Oriente, habia profesado el paganismo bajo el imperio de Juliano, de quien recibió el título de prefecto de Constantinopla, y á fuerza de halagar las pasiones de Valente, obtuvo la dignidad de prefecto del pretorio y el consulado. Luego que llegó á Cesarea, mandó comparecer á San Basilio á su tribunal, y llamándole secamente por su nombre, le dijo: "Basilio, ¿quién te hace tan temerario para resistir tú solo á la autoridad soberana? y por qué te niegas á abrazar la religion del emperador, cuando todos los demas han sido obligados á someterse á ella?— Porque me lo prohibe, respondió Basilio, el soberano del emperador y el mio, y sería un crimen adorar al que yo considerase como una simple criatura. —¿Con que nos despreciáis, repuso Modesto, y tendreis á deshonra estar en comunion con nosotros?—Basilio le respondió: Yo honro vuestra dignidad; pero el respeto debido á las potestades de la tier-

(1) Pallad. Hist. Laus. cap. CXVII.

ra, no ha de prevalecer sobre el que se debe á Dios. En cuanto á vuestra comunión, no tiene mas mérito á mis ojos, que la de vuestro último sirviente; porque lo que distingue á los cristianos, es la fe, no las grandezas del siglo." Entonces levantándose de su asiento el prefecto, le dijo encolerizado: "¿No temes irritarme y sentir los efectos de mi poder?—¿Qué he de temer yo, replicó Basilio, ni en qué podeis hacerme daño?— Confiscar tus bienes, respondió el prefecto, condenarte al destierro, á los tormentos y hasta á la muerte. —Hacedme otras amenazas si podeis, repuso el santo obispo: nada de eso es capaz de aterrarme. El que no tiene nada, no teme la confiscación: estos miserables vestidos y unos cuantos libros, componen toda mi riqueza. Si me desterrais, en todas partes encontraré mi patria, porque no estoy apegado á ningún lugar. El debilitamiento de mi cuerpo me preservará de los dolores del tormento: no tengo mas que un soplo de vida que el primer golpe me arrancará. En cuanto á la muerte, es el objeto de mis mas caras esperanzas, pues que debe reunirme á Dios, para el cual solo vivo, y hacia quien aspiro tantos años hace." Al escuchar Modesto este lenguaje noble y firme, no pudo disimular su asombro. "Nadie, dijo, me habia hablado jamas con tanto atrevimiento.—Es que sin duda, respondió Basilio, no habeis encontrado jamas un obispo."

Viendo el prefecto que eran inútiles las amenazas, trató de seducir á San Basilio con la pintura de las ventajas que sacaria, así para su Iglesia como para él mismo, si se unia con la corte, añadiendo que no se trataba mas que de suprimir una sola palabra en el simbolo. Pero el santo obispo declaró que lejos de consentir en ello, ni aun toleraria que se invirtiese el orden de las palabras en el simbolo. Entonces Modesto le despidió, y despues de algunas otras tentativas igualmente infructuosas, pasó con toda diligencia á ver al emperador. "Señor, somos vencidos, dijo al acercarse á él: ni las amenazas ni las promesas harán titubear á este obispo." El emperador prohibió que se echara mano de la violencia contra San Basilio. Sin embargo, porque no pareciera que se cedia en un todo, quiso á lo menos obligarle á abrazar exteriormente su comunión, y concurrió á la iglesia el día de la Epifanía, rodeado de sus guardias y confundiendo entre los fieles. Pero cuando vió el recogimiento del pueblo y de los sacerdotes, la magestad de las ceremonias y á San Basilio de pie delante del altar, con el cuerpo inmóvil y el espíritu unido á Dios, como si no hubiera sucedido nada extraordinario, aquel espectáculo hizo tan viva impresion en el emperador, que quedó profundamente turbado. Llegó despues á ofrecer segun costumbre, la ofrenda que habia preparado; y viendo que nadie se presentaba á recibirla, por no ser motejado del santo obispo, se aumentó la turbación del emperador, hasta el punto de ser necesario que un sacerdote le sostuviera. Sin embargo, San Basilio creyó que debia aceptar su ofrenda, y permitirle asistir á las ce-

remonias con el pueblo; pero no le admitió á la participacion de los santos misterios (1).

El emperador volvió otro día á la iglesia, y se adelantó hasta la diaconia, donde tiro una larga conversacion con San Basilio tocante á las materias de la fe, como lo deseaba mucho tiempo habia. El santo obispo habló con tanta elocuencia y autoridad, segun el testimonio de San Gregorio Nazianceno, que se hallaba presente, que Valente y su comitiva quedaron penetrados de admiracion. Antojóse á un maestrafa del emperador tomar parte en la conversacion, y dejó escapar un barbarismo: llamábase Demóstenes; y San Basilio le advirtió sonriéndose, que el lustre de semejante nombre obligaba por lo menos á respetar la lengua. Irritado el maestrafa se desató en invectivas y amenazas: entonces el santo le exhortó á que dispusiera el servicio de la mesa, y dejara á los obispos la enseñanza de la teología. A resultados de esta conferencia se mostró el emperador mejor dispuesto hacia los católicos, y hasta dió unas tierras excelentes para un hospital de leprosos que San Basilio mandaba construir.

Los arrianos sin embargo, consiguieron á fuerza de importunaciones, una orden para desterrar á San Basilio en dos ocasiones diferentes. Pero la noche en que iba á ejecutarse la primera, enganchados ya los caballos, y despidiéndose resignado San Basilio de sus amigos, un sueño horrible y unos dolores punzantes despertaron á la emperatriz Dómica: al mismo tiempo su hijo Galates, todavía niño, fué acometido de una calentura violenta que le redujo al último trance en pocos instantes. Advertido el emperador, temió que la cólera de Dios descargase sobre su familia, é inmediatamente envió á llamar á San Basilio, que le prometió la curacion del príncipe, con la condicion de que fuese instruido en la fe católica. San Efrém dice que Valente consintió: que San Basilio se puso en oracion, y que el niño sanó; pero que murió despues, por haber hecho el emperador que le bautizasen los arrianos contra lo prometido. Segun otros historiadores, al parecer mas acordes con San Gregorio Nazianceno, el emperador rehusó la condicion puesta por San Basilio, el cual se retiró, y el niño bautizado por los arrianos murió en la misma noche. Sea como quiera, se revocó la orden de destierro; pero de nuevo se decretó esta pena contra el santo obispo, porque no duró mucho la impresion que aquel suceso hiciera en Valente. Ya estaba extendido el decreto: no faltaba mas que la firma, y tres veces se rompió la pluma en la mano del emperador: aterrado éste entonces, rasgó el papel, y dejó por fin en paz á San Basilio. De allí á algun tiempo, habiendo caído enfermo el mismo prefecto Modesto, se encomendó á las oraciones del santo que alcanzó la salud de aquel. Desde entonces Modesto guardó á Basi-

(1) Theodor. lib. IV.—Greg. Naz. Orat. XX.

lio un profundo respeto, y se glorio de mantener relaciones con él. El santo obispo de Cesarea tuvo que sufrir otra persecucion del prefecto del Ponto, llamado Eusebio, y tio de la emperatriz. Un asesor de este magistrado queria casarse por fuerza con una viuda noble, y está se habia refugiado en la iglesia. Como San Basilio se negaba á entregarla, mandó Eusebio registrar su habitacion para ofender su virtud: luego le hizo comparecer en su tribunal, y se encolerizó en términos que dió orden de que le despedazasen el cuerpo con garfios. Pero no tardó en acudir en tropel el pueblo de Cesarea, echando mano de todas armas hombres y mugeres, y buscando al prefecto para hacerle pedazos. Este tuvo que recurrir al mismo San Basilio, que usando de toda su autoridad, logró, aunque con trabajo, calmar los ánimos.

Las violencias de un tal Demóstenes, vicario del prefecto del pretorio, perturbaron algun tiempo despues las Iglesias de Capadocia y de las provincias comarcanas. Habiendo congregado un concilio abultado de hereges en Ancira hácia fines del año 375, mandó destituir al obispo de aquella ciudad, y le substituyó un arriano: despues decretó la prision de San Gregorio, obispo de Nisa y hermano de San Basilio. Acusábasele de haber distraído una suma de dinero, aunque San Gregorio justificaba habiela empleado su predecesor, y aun que los tesoreros de su Iglesia estaban prontos á dar cuenta de ella. Pero la verdadera causa de la persecucion era su celo por la fé, que le habia expuesto ya á varias acometidas de los arrianos. Logró con la fuga librarse de los soldados encargados de prenderle, y en su lugar se puso á un esclavo enteramente devoto de los sectarios. En seguida llegó Demóstenes á Cesarea, donde mandó imponer á los eclesiásticos, á pesar de sus privilegios, todas las cargas y obligaciones municipales. Del mismo modo trató á los de Sebaste, unidos con San Basilio en comunión, y separados del obispo Eustasio, que manifestaba entonces el mayor celo por el arrianismo. Los hereges protegidos por Demóstenes, consiguieron poner obispos de su partido en muchas ciudades. Ordenaron para la de Nicópolis, despues de la muerte de Teodoro, á un presbítero de dicha Iglesia que se habia dejado ganar por ellos; pero como la mayor parte de los fieles se negaban á comunicar con él, fueron maltratados de tantos modos y con tanta brutalidad, que muchos de ellos, y principalmente los eclesiásticos, se vieron precisados á huir. San Basilio acudió solícito á consolarlos y á fortalecerlos con sus cartas. También él fué amenazado, y los arrianos manifestaban intenciones de celebrar un concilio para deponerle; pero no se atrevieron á llevar adelante su proyecto. Participó todas estas circunstancias á San Eusebio, de Samosata, á quien el emperador habia expulsado de su Iglesia unos dos años antes.

San Eusebio tenia mas de un título al odio de los arrianos. Se habia resistido valerosamente á los enviados del emperador Cons-

tancio, que despues de la destitucion de San Melecio, de Antioquia, queria obligarle á entregar el acta de eleccion que obraba en su poder. Habia contribuido con su influencia á la eleccion de San Basilio; y no contento con mantener la pureza de la fé entre sus ovejas, recorría con diversos disfraces la Siria, la Fenicia y la Palestina para socorrer las necesidades de las Iglesias privadas de sus pastores. Establecía sacerdotes y diáconos católicos y hasta obispos cuando se encontraba con otros prelados ortodoxos, ya obrase en nombre de San Melecio, cuya jurisdiccion patriarcal se extendia á aquellas provincias, ya autorizasen su cooperacion los que estaban investidos de las facultades ordinarias. Valiente le intimó el orden de destierro á mediados del año 374. Habiendo llegado á Samosata el oficial portador de esta orden, le recomendó Eusebio que ocultase su encargo si no queria que el pueblo le arrojase al agua; y luego que el santo obispo celebró el oficio de la tarde como de ordinario, se embarcó por la noche y bajó el Eufrates hasta Zeugma, ciudad situada á veinticuatro leguas de Samosata, á orilla del rio. En cuanto corrió la voz de su partida, los fieles consternados se embarcaron atropelladamente, y fueron á Zeugma para volverle á su Iglesia. A pesar de sus instancias, persistió el obispo en la resolucion de obedecer las órdenes del emperador, exhortó á los que le habian seguido á combatir generosamente por la fé, y tomó el camino de la Tracia. Pasó por Capadocia, donde no pudo ver ni á San Gregorio Nazianceno, ni á San Basilio; pero durante su destierro mantuvo una correspondencia seguida con uno y otro. San Basilio le remitía igualmente las cartas que iban de Samosata, y cuidó de aquella Iglesia desolada, en cuanto pudo.

Los arrianos reemplazaron á San Eusebio con Eunomio, hombre dulce y modesto, que viendo que el pueblo entero se negaba no solo á reunirse en la iglesia de que él habia tomado posesion, sino hasta á verle y hablarle, abandonó al instante la ciudad para no volver mas. Lúcio, arriano violento y furioso, que le sucedió, no fué mejor recibido; pero no dejó por eso de residir en Samosata, donde desterró á muchos eclesiásticos, entre otros, al presbítero Antiocho, sobrino de San Eusebio. Cuando volvió el santo obispo del destierro despues de la muerte de Valente, se dedicó como antes á proveer de pastores las Iglesias que no los tenian, y el ejercicio de este celo fué el que le ocasionó la muerte. Queriendo poner un obispo en Dolice, ciudad corta de la Siria, una muger arriana le arrojó al tiempo de entrar, una teja, y le rompió la cabeza. A los pocos dias murió en el año 379. Fué su sucesor Antiocho su sobrino (1).

(1) Acerca de los principios de San Eusebio, de Samosata, no se encuentra nada ni en Teodoro, ni en los demas historiadores. Pero Bernull-Bercastel ha encontrado un medio de escribir su historia, aplicando á San Eusebio algunos pormenores copiados de Fleury, que conciernen á Acacio, puesto por el santo en el obispado de Berea.

Los combates de los arianos no fueron las únicas pruebas que turbaron la quietud de San Basilio, y pusieron obstáculos á su ministerio pastoral. Tuvo que defender su doctrina y su conducta de las frecuentes acusaciones de la ignorancia y de la envidia, y los derechos de su silla de los atentados ambiciosos de un sufragáneo. Algunos obispos de los que se habían opuesto á su eleccion, ya por celos, ya por afición á la heregia, conservaban siempre contra él una animosidad secreta, y no ansiaban mas que hallar un pretexto para suscitarle sinsabores y dificultades. Estas disposiciones malévolas estallaron con motivo de la division de la Capadocia en dos provincias, que se efectuó en el año 371, á pesar de las representaciones de San Basilio. Cesarea quedó de capital de la primera provincia, y Tiana de la segunda. Antimo, obispo de esta última ciudad, alegó que las circunscripciones eclesiásticas debían variar-se de una manera análoga; y en consecuencia tomó el título de metropolitano de la segunda provincia, y se dispuso á ejercer sus funciones. En vano quiso San Basilio mantener la integridad de su jurisdiccion. Antimo ganó á algunos obispos, que negándose á asistir á los concilios de Cesarea, concurrieron á los de Tiana: destituyó á los presbíteros y demas eclesiásticos á quienes no pudo atraer; se apropió las rentas que la Iglesia de Cesarea poseía en las inmediaciones, y hasta robó un día los bagages de San Basilio que había encontrado en el camino. Este, para reparar los males que causaban tales divisiones á la Iglesia, erigió ciertos obispados nuevos; y entonces fué cuando ordenó á San Gregorio Nazianceno, ocupado había mucho tiempo en aliviar á su padre en las funciones del santo ministerio (1).

La silla que San Basilio destinaba á su amigo, cuyo mérito eminente y cuya humildad conocía, fué la de Sasimo, pueblo pequeño situado en el confín de las dos provincias: el obispo de Tiana reclamaba esta jurisdiccion. San Gregorio, despues de oponer una viva resistencia, consintió en ordenarse; pero supo á poco que Antimo se había apoderado de la Iglesia de Sasimo; y no queriendo entrar en contestaciones que repugnaban á su carácter, se negó á ir á tomar posesion de la silla disputada. Antimo ofreció dejársela si consentía en reconocerle por su metropolitano, y hasta pasó á Nazianzo para ganar á Gregorio, y le convocó mas adelante á su sínodo; pero en vano. San Basilio por su parte no logró tampoco comprometerle de nuevo en la contienda. Con este motivo se escribieron los dos amigos cartas bastantes enérgicas, y Gregorio, para poner término á todas las disputas, se retiró á la soledad, donde se dedicó al servicio y á la instruccion de los enfermos en un hospital. San Basilio se opuso todavía por algun tiempo con todo su poder á las pretensiones de Antimo; pero mas adelante creyó que

(1) Greg. Naz. Epist. XXXIII. Orat. XX.

debía ceder por el bien de la paz, y consentir en un convenio, de cuyas resultas conservó Antimo el título y la autoridad de metropolitano.

No permaneció San Gregorio mucho tiempo en la soledad: su padre, despues de exhortarle inútilmente á que pasase al obispado de Sasimo, le determinó á volver á su lado para aliviarle en el gobierno de la Iglesia de Nazianzo. De allí á poco murió el santo viejo á principio del año 274, y á los ciento ó cerca de edad: la Iglesia venera su memoria, así como la de su esposa Santa Nona, cuya muerte ocurrió inmediatamente. San Gregorio dijo la oracion fúnebre de su padre en presencia de San Basilio, que fué á Nazianzo para consolarle. Dos años antes había perdido á su hermano San Cesareo, á quien el emperador Joviano había llamado á la corte, y que elevado por Valente al cargo de custor de la Bitinia, se había separado de los negocios mundanos para consagrarse enteramente á Dios, despues de habersé salvado como por milagro de un temblor de tierra que destruyó la ciudad de Nicomedia el año 368. A la muerte de San Cesareo se siguió con corto intervalo la de Santa Gorgonia, su hermana, que se había hecho admirable en el estado del matrimonio por su piedad, por su modestia y por sus obras de mortificacion y de caridad. San Gregorio dijo tambien la oracion fúnebre del uno y de la otra. Estrechado con vivas instancias por los fieles de Nazianzo, consintió, muerte su padre, en continuar gobernando aquella Iglesia; pero sin llegar á ser su obispo titular, y únicamente mientras era nombrado el propietario. Por fin, viendo al año siguiente que no se daban prisa á nombrarle, se retiró á Seleucia en la Isauria, donde permaneció hasta despues de la muerte de Valente.

Aunque San Basilio miraba con grande aversion á los hereges, y no cesaba de combatir con celo por la defensa de la fé, tuvo el sentimiento de que cierto número de católicos, y aun algunos obispos, concbiesen ligeramente sospechas contra la pureza de su doctrina. La condescendencia de que creia deber usar con los hereges para contemporizar con su debilidad y atraerlos mas fácilmente á la Iglesia, fué uno de los pretextos de que se valió la calumnia contra él. Se le acusaba de que no obligaba á los macedonios mas que á suscribir el simbolo de Nicea, y á reconocer expresamente que el Espíritu Santo no es una criatura, sin exigirles que le diesen el nombre de Dios. Sin embargo, la fé de San Basilio sobre este punto era notoria: sus escritos y discursos no podían dejar la menor duda; y aunque ordinariamente se abstenia de usar de esta expresion, confesaba la divinidad del Espíritu Santo en términos equivalentes, y la confirmaba ademas con pruebas tan poderosas, que los hereges no hallaban que responder. Pero juzgaba que en el estado de confusion y desórden en que se encontraban entonces las Iglesias de Oriente, podía disimularse en cuanto á las palabras, con tal que

se salvase el sentido; y que era prudente para conciliar los ánimos usar todos los miramientos que no menoscababan la pureza de la fé. San Gregorio, de Nazianzo, cuya posición era menos elevada, y que no estaba tan expuesto al furor de los arrianos, no usaba de la misma reserva que San Basilio, y esta diferencia daba al parecer fundamento á las murmuraciones contra el santo obispo. Algunos monges con especialidad se declararon abiertamente contra él, acusándole de haber abandonado la fé, ó á lo menos de que la comprometía con su cobardía. Pero San Basilio contentándose con recordar para su justificación todas las pruebas que había dado de su ortodoxia, no se desvió de la línea de conducta que creía útil para el bien de la Iglesia. El mismo San Atanasio aprobó esta discreción, y San Gregorio Nazianceno no omitió medio alguno para desvanecer las prevenciónés que aquella había suscitado en algunos ánimos.

Las relaciones de San Basilio con Eustasio de Sebaste contribuyeron también á excitar la desconfianza y las quejas de muchos católicos. Ya se ha visto que este obispo, adherido mucho tiempo al partido de los arrianos, había suscrito al fin el símbolo de Nicea con otros macedonianos en Roma y en el concilio de Tiana; y como afectaba grande austeridad de costumbres, y había contribuido á extender las prácticas de la vida ascética en la Armenia y en las provincias comarcanas, San Basilio, engañado con estas apariencias, se había unido á él durante su retiro en la soledad del Ponto; y desde entonces no había concebido ninguna duda acerca de la sinceridad de su conversión. Sin embargo, la fé de Eustasio no dejaba de ser sospechosa á muchos obispos, señaladamente á Teodoro, de Nicópolis, metropolitano de Sebaste, que conocía mejor que San Basilio el carácter inconstante y artificioso de su sufragáneo. Habiendo sabido el santo doctor los errores que se imputaban á Eustasio, quiso conferenciar con él para conocer con mas exactitud su doctrina, y consiguió que le diera explicaciones enteramente ortodoxas. Pero informado Teodoro de esta conferencia, no tardó en acusar á Eustasio de hipocresía, y rehusó comunicar con San Basilio. Este creyó que debía entonces exigir á Eustasio una profesión de fé por escrito, y le hizo firmar una declaración convenida con Teodoro, en la que se aprobaba el símbolo de Nicea sin restricción, y se condenaban formalmente los errores de los arrianos, de los macedonianos y de los sabelianos. Después convocó un concilio de los obispos de la Capadocia y de la Armenia, á fin de reunirlos á todos en una misma comunión; pero Eustasio no asistió, y como sus frívolas excusas descubrieron su doblez, conoció San Basilio y confió que había sido engañado.

Pronto se quitó Eustasio enteramente la máscara: renunció á la comunión de San Basilio, y hasta publicó un escrito contra él, acusándole de haber arrancado por sorpresa la confesión de fé que le

había hecho firmar, burlándose de su adhesión al dogma de la consustancialidad, y no titubando en imputarle los errores de Apolinario, á causa de una carta de mera urbanidad que San Basilio había escrito al último cuando ambos eran seglares, y Apolinario no se había dado á conocer aún mas que por su brillante talento. El santo doctor no creyó necesario responder á este escrito, contentándose con condenar en sus discursos y en sus cartas á los obispos los errores de que se le acusaba. Esta ruptura ocurrió el año 373, y desde entonces una parte del clero y de los fieles de Sebaste se separaron de Eustasio para agregarse á la comunión de San Basilio. Eustasio se unió después á los arrianos, y tomó parte en las violencias que ejercieron por la autoridad de Demóstenes.

Sin embargo, cundían cada vez mas las calumnias y las sospechas contra San Basilio. Unas veces se le acusaba de que admitía tres dioses, porque admitía tres hipóstasis en la Trinidad, y reconocía la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo; otras veces de que enseñaba la heregía de Sabelio, porque no admitía mas que una sola esencia común á las tres Personas. Los obispos del Ponto, prevenidos contra él por Eustasio, se separaron de su comunión hacia el año 375; pero les escribió una carta humildísima en que ofrecía justificarse ante ellos á presencia de sus adversarios, y consiguió después desvanecer sus prevenciónés en una conferencia que solicitó. Hacía mucho tiempo que la Iglesia de Neocesarea se había declarado contra él, y le censuraba agriamente porque había introducido en su diócesis el uso de la salmodia y las vigiliás solemnes, había fundado monasterios, y admitía tres hipóstasis. El santo obispo dirigió varias cartas al clero de dicha ciudad respondiendo á sus cargos, justificando las vigiliás y la vida monástica con el ejemplo de Egipto y de todo el Oriente, clamando con energía contra los que destruían la distinción de las Personas divinas por no admitir mas que una hipóstasis, y proenrado sobre todo, manifestar que los que se separaban, solo á sí mismos se perjudicaban haciendo cisma con la Iglesia universal, cuya comunión conservaba él.

En fin, al año siguiente, después de tres de silencio respecto de las calumnias de Eustasio, viendo San Basilio que este se unía abiertamente con los arrianos, creyó que debía justificarse con una apología dirigida á todos los fieles, donde demuestra que si Eustasio y sus discípulos habían podido engañarle en otro tiempo por la afectada austeridad de su vida, no había participado jamas de sus errores; que había juzgado de la pureza de su fé por las declaraciones ortodoxas de aquel obispo, cuya hipocresía no se atrevía entonces á sospechar; y que tocante á los errores de Apolinario, de que Eustasio le acusaba á él, los había combatido tantas veces que debía despreciar tan odiosa calumnia. Escribió también varias cartas para defender su doctrina: una de ellas dirigida á la Iglesia de Evaisia basta para demostrar la exageración de algunos sectarios moder-



á la iglesia para mantener el órden, é hizo todos sus esfuerzos para conciliar. Descendia de una ilustre familia, y habia nacido hácia el año 340, en las Galias, donde su padre, llamado como él, era prefecto del pretorio. Refiérese que encima de su cuna se vió volar un enjambre de abejas, como para presagiar la dulzura de su elocuencia. Despues de haber estudiado en Roma con aplauso, se presentó con brillantez en el foro, y desempeñó los empleos públicos. El prefecto de Italia al enviarle á Milán, le dijo: "Vé á gobernar, no como juez, sino como obispo." Esta expresion fué una especie de pronóstico. Mientras que Ambrosio exhortaba al pueblo á la concordia, un muchacho comenzó á gritar por tres veces: "Ambrosio obispo;" y al punto repitieron esta aclamacion todos los asistentes católicos y arrianos, y eligieron á Ambrosio por unánime consentimiento. Sin embargo, era todavía catecúmeno, y esta eleccion inopinada, le causó tanta sorpresa como tristeza. Empleó todos los medios imaginables para excusarse de admitir una dignidad cuyos peligros y deberes le hacian temblar: aparentó una severidad que rayaba en crueldad: contra su costumbre mandó poner públicamente en el tormento á algunos acusados: su humildad, poco ilustrada aún, le indujo á introducir en su casa mugeres de mala vida, para desacreditar sus costumbres; pero el pueblo no se dejó engañar, y clamaba: "Nosotros cargamos con la responsabilidad de vuestros pecados." Ambrosio quiso fugar, y salió de noche para marchar á Pavía; pero despues de haber andado mucho, y cuando creía que estaba muy distante, se encontró por la mañana á las puertas de Milán. El pueblo le condujo á su morada y le puso guardia mientras llegaba la respuesta del emperador, á quien se habia pedido el consentimiento. Contento Valentiniano con esta eleccion, que era un testimonio patente dado al mérito de sus oficiales, concedió con toda presteza su consentimiento, y mandó al vicario de Italia que tomase sus medidas para asegurar la ordenacion de Ambrosio. Este se habia escapado segunda vez, y ocultándose en casa de Leoncio, amigo suyo; pero habiendo fijado edictos el vicario de Italia, en que intimaba expresamente y bajo las mas severas penas, que el que supiera donde estaba oculto Ambrosio, lo revelase; Leoncio no tuvo por conveniente contravenir á la órden. Fué, pues, conducido Ambrosio á Milán, y al fin se rindió á tan evidentes señales de la voluntad divina. Quiso que le bautizase un obispo católico, y fué consagrado á los ocho dias, á fines del año 374. Pero para conformarse en cuanto era posible con las reglas eclesiásticas, ejerció en este corto intervalo las diferentes funciones de los órdenes inferiores. Todos los obispos del Occidente y del Oriente, aplaudieron su ordenacion.

No tardó Ambrosio en justificar la eleccion del pueblo con el esplendor de sus virtudes. Distribuyó á la Iglesia y á los pobres todo el dinero que poseia: tambien hizo donacion de todos sus bienes

raices á su Iglesia, reservando solamente el usufructo á su hermana Marcelina, que vivia en Roma, y que mucho tiempo antes habia hecho voto de virginidad en manos del Papa Liberio. Descargó el cuidado de sus negocios en su hermano Sátiro, que habia ido á reunirse con él en Milán, y se dedicó enteramente á las funciones de su ministerio. Se aplicó con un trabajo asiduo al estudio de la religion, consagrando todas las horas de ocio y aun una parte de la noche á la lectura de las Escrituras Santas y de los mas hábiles intérpretes, principalmente de Orígenes y de San Basilio, cuyos pensamientos reproduce á veces en sus escritos. Celebraba todos los dias el santo sacrificio, predicaba todos los domingos á su pueblo, socorria las necesidades de los pobres, consolaba á los afligidos, y se distinguia, sobre todo, por su celo y por su caridad para con los pecadores. Siempre que alguno iba á confesar sus pecados con él para recibir la penitencia, vertia el obispo tantas lágrimas, que obligaba á llorar al mismo penitente, y al ver su dolor, hubiera dicho cualquiera que él tambien habia pecado; pero solo á Dios hablabla de las faltas que se le habian confesado. Asi se expresa Paulino, presbítero de Milán, que fué su secretario, y escribió despues su vida. En este testimonio se ve una prueba bien auténtica del sigilo de la confesion.

La humildad que movió á San Ambrosio á difamarse él mismo para rehusar el episcopado, era entonces tan comun, que un concilio celebrado el mismo año de 374 en Valencia, ciudad de las Galias, se vió en la necesidad de condenar semejantes imprudencias. Dedióse en él, que los que se acusaran así de alguna falta, serian en efecto juzgados indignos de las funciones eclesiásticas; y se aplicó esta disposicion á un obispo electo de Frejus, aunque todo el mundo estaba persuadido de que no era culpable de los delitos de que se acusaba. Debe notarse tambien otro cánón de este concilio, que ordena que no se conceda la comunion sino en el artículo de la muerte, á los que se hubiesen manchado con actos de idolatría; lo que puede hacer creer que estos escándalos eran bastante frecuentes en algunos parages, y veremos con efecto que los emperadores tuvieron á poco que promulgar leyes para reprimirlos.

Las intrigas de los partidarios de Ursino y de otros muchos sectarios que turbaban entonces la Iglesia romana, dieron margen para que el emperador Valentiniano mandase por un rescripto, dirigiendo al prefecto de Roma hácia aquella misma época, que los que celebrasen juntas cismáticas, fuesen desterrados á cien millas, ó sean unas treinta leguas, de la capital. Prevenia, ademas, que no pudiesen conservar sus Iglesias los que hubiesen sido condenados por los obispos católicos, ni solicitar del emperador la revision de su proceso. Por una ley promulgada el año anterior contra los donatistas, se declaraba indigno de los privilegios del sacerdocio, al que fuese convencido de haber sido rebautizado. Por otra del año 372,



había prohibido Valente las juntas de los maniqueos, so pena de confiscación de los lugares en que se celebraran, y de severos castigos contra sus doctores (1).

Aunque el emperador Valentiniano no creyó que debía condenar el ejercicio del culto pagano, no dejó de dar un golpe mortal á la idolatría con una ley que publicó al principio de su reinado contra los sacrificios nocturnos y las prácticas de la magia, porque esta ley combatía la mayor parte de las supersticiones que los paganos habían tomado del Oriente, y que en cierto modo constituían ya la esencia de su religion. El prefecto de Roma ejerció entonces una persecucion violenta contra los mágicos y adivinos, que se extendió hasta á los augures y arúspides, muchos de los cuales perdieron la vida. Multitud de personas fueron perseguidas y condenadas á muerte como culpables de maleficios y de envenenamientos por medio de secretos funestos, ó por haberse dedicado al ejercicio ó al estudio del arte mágica. En estas persecuciones fueron envueltos algunos senadores, y el senado tuvo que enviar una diputacion á Valentiniano, quejándose de que los hubiesen puesto en el tormento, á pesar de los privilegios de su clase.

Algunos años mas adelante tomó Valente medidas semejantes en el Oriente. Había dejado á los paganos, como su hermano, una completa libertad para ejercer su culto, y durante su reinado se los vió en efecto sacrificar públicamente á los ídolos, conservar el fuego encendido en los altares, inmolare víctimas y celebrar banquetes solemnes delante de los templos. Hasta consintió durante su permanencia en Antioquia la celebracion de las bacanales con todas las infames orgías de aquel culto extravagante. Fomentó estas disposiciones un discurso que el sofista Temistio le dirigió el año 373 en favor de la libertad de cultos; en él trató este filósofo, aunque pagano, de apacarle respecto de los católicos. Sin embargo, los terrores políticos de Valente le determinaron por entonces á decretar las persecuciones mas rigorosas contra los mágicos y adivinos. Un tal Paladio, hombre oscuro y dedicado al estudio de la magia,

(1) Entre las leyes de Valentiniano concernientes á la religion, se halla una dirigida al Papa Dámaso el año 370, en que se prohibe á los clérigos y á los monges que frecuenten las casas de las viudas y de las huérfanas, y se declara ademas, que no pudieran recibir nada de las mugeres con quienes tuviesen estas relaciones, so pretexto de religion, ni por donacion, ni por testamento, ni directamente, ni por interposición persona, como no fuesen los herederos naturales de dichas mugeres, por derecho de parentesco. Es de creer que esta ley, que se leyó en las iglesias de Roma, fué solicitada por el mismo Papa Dámaso. Se ve por el testimonio de San Gerónimo, que algunos eclesiásticos, con el pretexto de dirigir la conciencia de las damas romanas, les hacian continuamente la corte para aprovecharse de sus riquezas inmensas, y clama con energia contra este abuso: "No me quejo, dice, de la ley que humilla á los clérigos, obligándolos á ser desinteresados: me quejo de la avaricia de los que han hecho necesaria esta ley."

fué puesto en el tormento por una causa bastante leve. Debilitado con los dolores, denunció á algunas personas por haber descubierto mediante ciertas operaciones mágicas el nombre del sucesor de Valente. En virtud de esta denuncia fueron puestos en el tormento Hilario y Patricio, y declararon que habían procurado averiguar aquel nombre con los secretos de su arte, y que habiendo hallado las dos primeras sílabas *Teod*, no habían buscado mas, persuadiéndose á que el destino designaba á Teodoro, secretario imperial, hácia el cual se inclinaban todos los votos. Enfurecido Valente, mandó quitar la vida con diferentes suplicios á todas las personas que próxima ó remotamente estaban complicadas en este suceso. Dicese que sus sospechas le llevaron hasta el extremo de hacer perecer sin otro motivo á varios personajes distinguidos, cuyo único crimen era llevar un nombre que comenzaba por las dos sílabas fatales. Los filósofos de la escuela neoplatónica eran tan conocidos por su afición á la magia, que necesariamente habían de ser envueltos en la persecucion. Máximo, el confidente de Juliano, y el principal autor de su apostasia, fué acusado de haber hecho algunas predicciones siniestras, y le cortaron la cabeza. Fué tan grande el terror de los filósofos, que no se atrevian á aparecer en público, y se vieron obligados á renunciar todos los signos exteriores de su profesion. Se hizo tambien una severa pesquisa de los libros de magia ó de astrología, y los que poseian bibliotecas quemaron á toda prisa todas las obras sospechosas, entre las cuales se confundieron muchas que trataban solamente de ciencias (1).

Murió el emperador Valentiniano en la Iliria, hacia fines del año 375, á resultas, segun se dice, de un ataque de apoplejía que le ocasionó un arrebato de cólera contra los diputados de los cuados, que habían asolado aquella provincia. Reinó cerca de doce años. Los gefes del ejército declararon Augusto á Valentiniano, segundo hijo del emperador difunto, que tenia cuatro ó cinco años nada mas. Graciano, el primogénito, habia recibido ya el mismo título ocho años, y aunque no se habia esperado su consentimiento para asociarse al niño Valentiniano, no dejó de reconocerle inmediatamente y de cederle la Italia, el Africa y la Iliria por patrimonio suyo; pero él conservó la principal autoridad en todo el Occidente.

Desde el principio de su reinado publicó una ley renovando la prohibicion de que se reuniesen los paganos, ya en las poblaciones ya en el campo, so pena de confiscacion de los lugares donde hubiesen erigido altares. Por otra ley ordenó que las causas eclesiásticas concernientes á la religion, fuesen juzgadas por los concilios de cada provincia ó por otros mas numerosos, segun la importancia de las materias, y que solo las causas criminales se llevasen ante los jueces laicos. De allí á algun tiempo dió una ley para prohibi-

(1) Ann. lib. XXIX.—Socr. lib. IV.

bir en particular las juntas de los donatistas, y quitarles las iglesias de que se habían apoderado en Africa á favor de las turbulencias ocasionadas por la rebelion de un principe de Mauritania que se habia declarado su protector.

Unos pocos donatistas se habian establecido en Roma, donde tenian un obispo que empleaba todos los medios para ganar prosélitos, hasta dar dinero á los pobres para que consintiesen en ser bautizados otra vez. Contábase igualmente algunos luciferianos que tenian su obispo; y estos diferentes sectarios subsistian á pesar de las leyes imperiales publicadas contra ellos, y de las medidas tomadas en consecuencia para estorbar sus reuniones. Por otra parte, algunos obispos condenados por sentencia del Papa, ó que temian con razon serlo, despreciaban las leyes canónicas y se sostenian á la fuerza en sus Iglesias, ganando al populacho é intimidando á los magistrados. Finalmente, los clérigos ordenados por el anti-papa Ursino, no cesaban de intrigar para adquirir partidarios é introducir el desórden en la Iglesia romana. Este anti-papa, desterrado á las Galias por Valentiniano, habia conseguido permiso de salir del lugar de su destierro, con la condicion de no volver á Roma, ni á sus alrededores. Fijó entonces su residencia en Milán, donde se unió con los arrianos para robustecer su partido, y sostenerlos á ellos mismos contra el celo de San Ambrosio. En cuanto Graciano fué dueño del imperio, Ursino hizo todo lo posible para sorprenderle; pero en vez de lograrlo, fué bien pronto confinado á Colonia, donde no por eso dejó de importunar al emperador con sus calumnias. Un miserable á quien ganaron sus partidarios, no tuvo reparo en entablar una acusacion juridica contra el Papa Dámaso. La causa fué llevada ante los tribunales civiles, porque se cree que se trataba de una acusacion de adulterio; pero no habiendo podido el calumniador presentar ninguna prueba, fué desterrado, y quedó solemnemente reconocida la inocencia del Papa.

Estos desórdenes dieron lugar á un concilio que se celebró en Roma hácia fines del año 378, y al que asistieron un gran número de obispos de todas las partes de Italia. A peticion del Papa se examinaron las calumnias dirigidas contra él, y el concilio, despues de haber proclamado su inocencia, escribió una carta sinodal á Graciano, invocando su autoridad contra los atentados de los sectarios. Los obispos le dan las gracias por las medidas que ha dictado en bien de la Iglesia, mandando que las causas eclesiásticas no se lleven ante los tribunales civiles, y que las de los obispos sean juzgadas soberanamente por la autoridad del Papa. En seguida expone las reglas que han creído necesario establecer para la sustanciacion y fallo de dichas causas, y le piden que facilite la ejecucion de aquellas reglas por la intervencion de los magistrados. El emperador accedió á sus deseos; y por un rescripto dirigido al vicario de Roma y conforme con los términos de la carta sinodal, decretó

que todo el que intentase mantenerse en su Iglesia contra una sentencia del Papa ó de los obispos católicos, ó que citado rehusase comparecer, fuese conducido á Roma por diligencia de los prefectos del pretorio ó de sus vicarios: que si el contumaz se hallaba en las provincias lejanas, se remitiera la causa al metropolitano; ó si él lo era, compareciese en Roma, ó ante los jueces nombrados por el Papa, ó en fin, ante un concilio de quince obispos comarcanos.

El Papa Dámaso habia congregado el año anterior otro concilio en Roma, para condenar los errores de Apolinario, que se le habian denunciado en la última carta de San Basilio y de los orientales. Este herejarca era hijo de otro Apolinario, natural de Alejandría, que fué á enseñar las bellas letras á Berito y despues á Laodicea en la Siria, donde se ordenó sacerdote. Ya se ha visto que uno y otro publicaron varias obras de literatura y de poesia sobre asuntos sacados de la Escritura durante la persecucion de Juliano. Apolinario, el hijo, dotado de un talento admirable, hizo progresos rápidos en todas las ciencias, y no tardó en adquirir la instruccion necesaria para profesar públicamente la retórica. Fué admitido en el clero en calidad de lector, y en lo sucesivo llegó á ser obispo de Laodicea. El esplendor y la variedad de su talento, su erudicion prodigiosa y la regularidad de sus costumbres, le conciliaron la estima y el afecto de los mas ilustres doctores de su siglo, particularmente de San Atanasio, de San Epifanio y de San Basilio. Publicó infinito número de obras sobre la Santa Escritura y sobre otras materias que le granjearon una reputacion extraordinaria. Escribió contra los arrianos, contra Eunomio, contra los maniqueos y contra Origenes, y compuso en defensa de la religion contra Porfirio, un gran tratado dividido en treinta libros, que dicen aventajaba en vigor y en belleza á cuanto habia escrito anteriormente Eusebio y otros antiguos sobre el mismo asunto. De todas estas obras no nos queda mas que una traduccion de los Salmos en verso y algunos fragmentos citados por los autores que han impugnado su heregia.

Apolinario se distinguió, como acabamos de decir, por sus escritos contra el arrianismo; pero él cayó en un error en cierto modo opuesto; y mientras que los arrianos negaban la divinidad de Jesucristo, él negó al contrario su humanidad. Afirmó que Jesucristo no habia tomado el alma humana: que solo tenia un cuerpo dotado de un principio de vida orgánica, y que la divinidad ocupaba el lugar del alma racional. Sostenia tambien que el cuerpo de Jesucristo era de una naturaleza diferente del cuerpo humano, y que no se habia formado en el seno de la Virgen; de manera que ésta no merecia el título de Madre de Dios. Apolinario enseñaba que Jesucristo habia traído el cuerpo del cielo; pero no es fácil de decidir si le creia eterno y consustancial á la divinidad, como lo afirmaban algunos discípulos suyos, ó si admitia solamente con otros un cuer-

po sutil y aéreo que se habia disuelto despues de la resurreccion. En todo caso se seguia evidentemente de sus principios, que Jescristo no habia sido hombre mas que en la apariencia, y que por consiguiente no se podia admitir la realidad de su pasion y muerte, á no sostener con algunos apolinaristas que la misma divinidad habia padecido.

Los errores de Apolinario fueron condenados primero sin hacer mencion de su persona, porque se le profesaba una estimacion tan grande, que habia dudas de que fuera culpable de las impiedades propagadas por sus discipulos. Comenzó á hacerse sospechoso hácia el año 373, y no tardó mucho en declararse abiertamente gefe de la secta que tomó su nombre. Dió obispos á sus partidarios en muchas ciudades, señaladamente en Antioquia, Alejandria y Constantinopla. El que puso en Antioquia fué un presbítero llamado Vital, que se habia separado del partido de Melecio, y que se jactaba de estar en comunión con el Papa Dámaso. El concilio de Roma, al condenar los errores de Apolinario, le destituyó á él con los obispos que habia instituido. Pero este hereiario no dejó de sostenerse; y sus errores, á pesar de haber sido condenados varias veces, se perpetuaron en Oriente hasta que produjeron al fin la heregia de Eutiques (1).

La Iglesia habia sufrido hacia algunos años una larga y violenta persecucion entre los godos. Esta nacion, dividida en dos grandes tribus, obedecia á dos gefes que todavia eran paganos, así como una gran parte de sus vasallos. Uno y otro quitaron la vida á multitud de cristianos con diversos suplicios. Muchos fueron abrasados en sus chozas, por haberse negado á adorar un ídolo que se llevaba por las aldeas. Otras veces enviaban oficiales á los pueblos para forzar á los habitantes á comer carnes ofrecidas á los ídolos; y los que se resistian eran casi siempre condenados á muerte. En fin, despues de haber sacrificado así á mucha gente, viendo que era invencible la constancia de los cristianos, y que seria preciso derramar demasiada sangre, se contentaron con hacerles padecer largos tormentos, y expulsar luego del pais á todos los que pudieran des- cubrirse.

De allí á algun tiempo, acometidos y estrechados los godos por los hunos, pidieron á Valente permiso para pasar el Danubio y establecerse en la Tracia, con la condicion de servir en los ejércitos romanos. A este efecto diputaron á su obispo Ulfila, que gozaba entre ellos de gran reputacion (2). Llegado á Constantinopla, se

(1) Theodor. lib. V.—Eph. *Hér.* LXXVII.

(2) Ulfila se hizo célebre por una version de la Biblia en lengua gótica: aun tenemos los Evangelios y una parte de la epístola á los romanos. Este es el monumento mas antiguo que nos queda de la literatura germánica, y un documento precioso para la historia de las lenguas del Norte. Tambien se ha atribuido á Ulfila la invencion de los caracteres góticos; pero es un error que se ha reparado muchas veces.

dejó seducir por los arrianos, abrazó sus errores, y prometió que su pueblo los abrazaria. La autoridad que se habia grangeado por su talento, su celo y sus padecimientos entre los paganos, hacia que los cristianos de su nacion le escuchasen como un oráculo, y muy luego les persuadió cuanto quiso. Así se inficionaron los godos de la heregia de Arrio, y por su trato con los gépidas, los vándalos y los borgoñones, la comunicaron á la mayor parte de los pueblos bárbaros, que invadieron mas adelante el imperio de Occidente (1).

Ulfila salió bien de su embajada, y Valente otorgó á los godos el permiso para establecerse en la Tracia; pero fueron vejados de tantos modos por la avaricia de los oficiales romanos, que se unieron con los hunos y los otros bárbaros para invadir el imperio. Derrotaron varias veces á los generales de Valente, y llevaron la desolacion hasta las puertas de Constantinopla. Luego que lo supo Valente, ajustó á toda prisa un tratado con los persas para acudir á la defensa de las fronteras de la Tracia. Al partir de Antioquia dió orden de que cesara la persecucion contra los católicos, de que se levantara el destierro á los obispos y sacerdotes, y volvieran á sus monasterios los monges condenados á las minas. Las tropas que habia enviado de vanguardia bajo las órdenes del conde Trajano, no pudieron hacer frente á la prodigiosa multitud de los bárbaros; y cuando llegó á Constantinopla quitó el mando á aquel general, haciéndole mil cargos y acusándole hasta de cobarde. Pero Trajano, católico celoso, le respondió: "Señor, yo no soy el que he perdido la victoria: vos la habeis proporcionado á los enemigos, irritando al cielo con la persecucion de los verdaderos cristianos."

Valente marchó de Constantinopla al frente de su ejército el 11 de Junio del año 378. Al verle pasar el mongé Isaac, cuya celda estaba próxima, le gritó: "¿A dónde vais, señor, despues de haber hecho tanto tiempo la guerra al Hijo de Dios? El ha levantado los bárbaros contra vos: dad una reparacion á la gloria de aquel, si no, perecereis con vuestro ejército." El emperador mandó prenderle, y le dijo: "Pronto volveré yo á castigarte de muerte para confundir tu falsa profecía." Consiento en ello, repuso Isaac esforzando la voz, si los acontecimientos me desmienten."

Valente se adelantó hasta Andrinópolis con tal confianza, que no quiso aguardar los socorros que Graciano le enviaba. Tambien desechó las proposiciones de avenimiento que los bárbaros le hicieron, y les presentó la batalla el 9 de Agosto. Los romanos fueron completamente derrotados, y el mismo emperador perdió la vida. Habiendo recibido una herida hizo que le condujeran á una choza, y los enemigos la quemaron sin saber que él estaba allí; de modo, que ni aun se pudo encontrar su cadáver. Como no dejaba hijos,

(1) Theodor. lib. IV.—Socr. lib. IV.—Sozom. VI.

recayó todo el imperio en sus dos sobrinos, y toda la autoridad en Graciano.

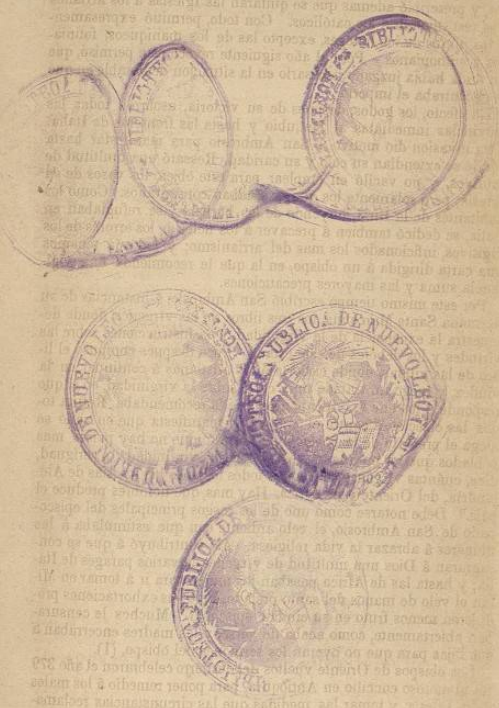
Este príncipe renovó la órden levantando el destierro á los obispos, y prescribió ademas que se quitaran las Iglesias á los arrianos y se restituyeran á los católicos. Con todo, permitió expresamente las juntas de los hereges, excepto las de los maniqueos, fotinianos y eumonianos. Pero al año siguiente revocó este permiso, que sin duda habia juzgado necesario en la situacion deplorable en que se encontraba el imperio.

En efecto, los godos, despues de su victoria, asolaron todas las provincias inmediatas al Danubio y hasta las fronteras de Italia. Esta invasion dió motivo á San Ambrosio para manifestar hasta dónde se extendian su celo y su caridad. Rescató una multitud de cautivos, y no vaciló en emplear para este objeto los vasos de su Iglesia; pero solamente los que no estaban consagrados. Como los habitantes de la Iliria, huyendo de los bárbaros, se refugiaban en Italia, se dedicó tambien á precaver á los fieles de los errores de los fugitivos, inficionados los mas del arrianismo; y todavía tenemos una carta dirigida á un obispo, en la que le recomienda una vigilancia suma y las mayores precauciones.

Por este mismo tiempo escribió San Ambrosio, á instancias de su hermana Santa Marcelina, los tres libros de las vírgenes, donde demuestra la excelencia de la virginidad, y da instrucciones sobre las virtudes y los deberes de este estado. Poco despues compuso el libro de las viudas, donde exhorta á las cristianas á continuar en la viudez, y luego un tratado muy corto sobre la virginidad, en el que responde á los que le criticaban porque la recomendaba. Refuta todas las objeciones contra el celibato, y manifiesta que en vano se alega el pretexto de la poblacion, supuesto que no hay paises mas poblados que los en que mas estimada es la virginidad. "Averiguad, dice, cuántas vírgenes consagran todos los años las Iglesias de Alejandria, del Oriente y de Africa. Hay mas, que hombres produce el pais." Debe notarse como uno de los rasgos principales del episcopado de San Ambrosio, el celo ardiente con que estimulaba á las mugeres á abrazar la vida religiosa. Así contribuyó á que se consagrasen á Dios una multitud de vírgenes en varios parages de Italia; y hasta las de Africa pasaban los mares para ir á tomar en Milán el velo de manos del santo prelado. Pero sus exhortaciones produjeron menos fruto en su ciudad episcopal. Muchas le censuraban abiertamente, como acaba de verse, y las madres encerraban á sus hijas para que no oyeran los sermones del obispo. (1).

Los obispos de Oriente vueltos del destierro celebraron el año 379 un numeroso concilio en Antioquia, para poner remedio á los males de la Iglesia, y tomar las medidas que las circunstancias reclama-

(1) Ambr. De virgín. lib. I.





**ST BASILIO EL GRANDE OBISPO DE CESAREA**

ban despues de una persecucion tan larga. En él se suscribió la decision del concilio de Roma contra la heregia de Apolinario; igualmente se condenaron los errores de Fotino, de los macedonianos y de los arrianos. Es probable que tambien se discurrieron medios para extinguir el cisma de Antioquia; y se sabe positivamente que San Melecio á su regreso ofreció á Paulino gobernar la Iglesia en comun; pero éste no consintió en la propuesta. Sin embargo, parece que hubo un acuerdo entre los dos, por el cual se avinieron á no dar sucesor al obispo que muriera el primero.

San Basilio habia terminado poco antes su gloriosa carrera. Murió el primer dia del año 379, y fué tal la afluencia de gente en sus funerales, que muchas personas se ahogaron: cada cual procuraba tocar la orla de sus vestiduras ó el féretro en que estaba colocado el cadáver. Los sollozos interrumpian el canto de los Salmos: hasta los paganos y los judíos le echaban menos. San Gregorio de Nisa, San Anfíloco y San Gregorio Nazianceno hicieron su panegirico, y tambien ha quedado un discurso compuesto en su alabanza por San Efrein.

San Basilio alcanzó de sus contemporáneos el renombre de Magno, que la posteridad le ha confirmado, y le mereció igualmente por su carácter y por su ingenio. En las muchas obras que ha dejado, se admiran unos conocimientos extensos y variados, un estilo claro, preciso y armonioso, grande energia de pensamientos y de expresiones, una dialéctica vigorosa, y una elocuencia noble y persuasiva que le ha colocado entre los mas insignes oradores. Parte de sus escritos se han perdido, y se le han atribuido otros que no son suyos. Ademas de las obras ascéticas de que hemos hablado, nos quedan de este ilustre doctor un comentario sobre los diez y seis primeros capitulos de Isafas, varias homilias sobre los Salmos y otras muchas sobre diferentes puntos de dogma ó de moral; cinco libros contra Eunomio; uno sobre el Espíritu Santo, otro sobre la fé, dos sobre el bautismo y mas de trescientas cartas sobre diversos asuntos.

Las nueve homilias sobre el principio del Génesis ó los seis dias de la creacion, son la mas perfecta de sus obras: abundan en pensamientos sublimes, en reflexiones sábias é instructivas, en descripciones admirables en todos los adornos de la mas elevada elocuencia. El santo doctor explica en ellas á la letra las palabras de la Escritura, resuelve varias dificultades relativas á la narracion de Moisés, y junta á todas estas circunstancias las pinturas mas pomposas de la grandeza de Dios, del poder infinito del Criador, de la riqueza y de la maravillosa hermosura de sus obras. Las homilias sobre los Salmos ofrecen al corazon en un estilo mas sencillo toda la ternura y unción que la piedad inspira. Entre las otras homilias, algunas de las cuales combaten las heregias sobre la Trinidad y la Encarnacion, citaremos en particular la que contiene unas adver-

tencias á los jóvenes sobre la lectura de los autores profanos, y otro cuyo objeto es conciliar la existencia del mal en la tierra con el dogma de la Providencia.

En el libro contra Eunomio destruye San Basilio todas las objeciones de aquel herege contra la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo, y confirma el dogma católico en este punto con las pruebas mas sólidas, presentadas con una fuerza, una claridad y una profundidad admirables. Prueba tambien en particular la divinidad del Espíritu Santo en el tratado que escribió sobre este objeto á instancias de San Anfiloco. Esta obra contiene un pasaje notable acerca de la autoridad de la tradicion. Despues de haber dicho que entre los dogmas conservados en la Iglesia, unos provienen de la Santa Escritura, y otros de la tradicion apostólica que los ha trasmitido por la enseñanza secreta; añade que estas dos fuentes tienen la misma autoridad en la religion, y que nadie disconviene en esta parte, por poco versado que esté en la ciencia eclesiástica: luego prueba este principio con diferentes ejemplos. "Si intentáramos, dice, desecher las costumbres no escritas, daríamos golpes mortales al Evangelio, y reduciríamos la predicacion á palabras á veces ininteligibles: ¿Quién nos ha enseñado por escrito marcar con la señal de la cruz á los catecúmenos, ó volvernos de cara al Oriente cuando oramos? ¿En qué lugar de la Escritura hallamos las oraciones que acompañan á la consagracion del pan eucarístico y del cáliz de benedicion? Porque nosotros no nos contentamos con lo que se lee en San Pablo ó en el Evangelio, sino que antes y despues de estas palabras añadimos otras que hemos recibido por tradicion, y que tienen una gran virtud para el sacramento. Nosotros bendecimos el agua del bautismo, el óleo de la uncion, y sumergimos tres veces en el agua al que ha de ser bautizado, y le obligamos á renunciar al demonio y á sus ángeles: ¿dónde nos enseña la Escritura estas ceremonias y otras semejantes? ¿No son unas tradiciones secretas, que nuestros padres han conservado en un religioso silencio para ocultarlas á la curiosidad profana? ¿Había necesidad de poner por escrito lo que no era licito manifestar ó explicar á los que no estaban bautizados?" Aquí se ve una prueba incontestable de que en los primeros siglos se ocultaba con el secreto mas profundo lo que mira á la fé y á la forma de los sacramentos, y este uso explica el silencio ó las expresiones vagas y encubiertas que se observan en los autores antiguos. San Basilio se dedica despues á manifestar con muchos testimonios la tradicion constante de todas las Iglesias respecto del uso de cantar, como hoy se hace, Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; lo que indicaba claramente la fé de los primeros cristianos acerca de la igualdad de las Personas divinas.

Las cartas de San Basilio son quizá lo mas interesante que hay en sus obras: están escritas con una nobleza y una pureza notables, y se encuentran en ellas una porcion de datos preciosos para la his-

toria de la Iglesia. Ademas de las que hemos dado ya á conocer debemos señalar las tres epístolas canónicas dirigidas á San Anfiloco, obispo de Iconio, que estaba unido á San Basilio con la mas estrecha amistad. Contienen ochenta y cinco cánones de disciplina muy célebres en la antigüedad. Los mas de ellos son concernientes al homicidio y á las faltas cometidas en el matrimonio. Establecen reglas para la penitencia pública de estos crimenes, ó deciden algunas dificultades relativas á dichas materias ó á otras cuestiones de moral. El homicidio voluntario queda sujeto á veinte años de penitencia. La impuesta al adulterio es de quince años para los hombres; pero las mugeres solo quedan privadas de la comunión, y no se las sujeta á la penitencia pública por no exponerlas á ser castigadas de muerte. Los matrimonios incestuosos se castigan como el adulterio; y en una carta escrita sobre este punto á Diodoro, presbítero de Antioquia, dice San Basilio que la costumbre que tiene fuerza de ley, es separar so pena de excomunion á los que han contraído estos enlaces prohibidos; lo que da un testimonio auténtico del poder de la Iglesia sobre los matrimonios. En cuanto á la simple fornicacion, la penitencia es de cuatro años. Los eclesiásticos que olvidaban la pureza de su estado, quedaban reducidos á la clase de legos sin esperanza de recuperar sus funciones; pero el uso ordinario era no sujetarlos á la penitencia pública. Respecto de las vírgenes que habian caído despues de profesar, la penitencia era solo de un año; pero San Basilio quiere que en lo sucesivo se las someta á la de los adúlteros. Aunque los monges hacían tácitamente profesion de continencia, no se comprometian con un voto público: el santo doctor encarga que se los obligue á hacerle, y que se imponga la pena de los fornicadores á los que le violen. Debemos notar tambien la severa penitencia impuesta á los apóstatas: un cánon prescribe que se los deje toda su vida en el grado de *legos gementes*, y que solo en el artículo de la muerte se los admita á la comunión.

Tambien tenemos una carta de San Basilio á Cesarea, monumento tan precioso de la antigua disciplina, que no puede omitirse: "Es bueno, dice, tomar todos los dias el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Nuestra costumbre es comulgar cuatro veces á la semana, domingo, miércoles, viernes y sábado, ademas de las fiestas de los mártires. Pero que en tiempo de persecucion debe uno comulgar por su propia mano á falta de sacerdote ó de diácono, no hay necesidad de probarlo, supuesto que es una práctica antigua y constante. Sabido es que los solitarios en lo interior de los desiertos guardan la comunión consigo, y comulgan ellos mismos. En Alejandría y en lo demas del Egipto la mayor parte de los legos guardan tambien la comunión en su casa." Como la costumbre era entonces que el sacerdote pusiese la comunión en la mano de los fieles, añade el santo doctor, que se reciba siempre por el ministerio del sacerdote, ya

se comulgue en la iglesia inmediatamente despues de recibir la hostia, ya se reciban varias para llevárselas y comulgar diferentes veces.

Santa Macrina, hermana de San Basilio, murió cerca de un año despues que él. Su hermano San Gregorio de Nisa habia estado casi ocho años sin verla á causa de las persecuciones que habia sufrido. Por fin, despues del concilio de Antioquia pasó al monasterio que aquella gobernaba, y la encontró enferma con una violenta calentura; pero era tal su austeridad, que no tenia mas cama que una tabla sobre el suelo. Al dia siguiente de la llegada de San Gregorio se aumentó la calentura, y á la caída de la tarde espiró Macrina en el acto de coneluir su oracion. Pasóse la noche cantando Salmos; y al romper el dia, San Gregorio con el obispo diocesano y dos sacerdotes de su clero, llevó el cuerpo á la iglesia de los Cuarenta Mártires, que habia elegido la difunta para su sepultura. Un gentio inmenso acompañaba la procesion fúnebre; y los diáconos y otros ministros precedían al cuerpo con cirios encendidos. Mientras duró la ceremonia, que se acabó á la caída del sol, no se cesó de cantar Salmos. Despues de recitadas las oraciones de costumbre, se colocó el cadáver de la Santa, segun su voluntad, cerca de Santa Emmelia, su madre, que habia muerto diez años antes.

A poco tiempo un concilio comisionó á San Gregorio de Nisa para que marchara á la Arabia para trabajar en la reforma de algunos desórdenes. Quiso visitar de paso los santos lugares, ya para cumplir un voto, ya para procurar extinguir ciertas disensiones que perturbaban la Iglesia de Jerusalem. Pero quedó profundamente alligido al ver las costumbres corrompidas de los habitantes; y así procuró despues disuadir de este viage á algunos solitarios de la Capadocia, haciéndoles conocer los inconvenientes que traia. Sin embargo, es fácil de ver por las mismas razones que emplea, que su intencion no es censurar las peregrinaciones en general.

Fijase hácia la misma época la muerte de San Efrein, célebre doctor de la Iglesia. Era natural de Nisibe en la Mesopotamia, é hijo de padres pobres; pero que no omitieron ningun medio para instruirle desde luego en la virtud. Sin embargo, cometió algunas faltas de irreflexion en la juventud; mas no tardó en reconocerlas, y se retiró á la soledad, donde se ejerció en la práctica de las mayores austeridades, velando una buena parte de la noche, pasando muchos dias seguidos sin comer, y ocupado constantemente en la oracion y en la contemplacion. Permaneció mucho tiempo bajo la direccion de un santo anacoreta llamado Julian, y despues fué discípulo de Santiago, obispo de Nisibe, á cuyo lado se hallaba cuando el santo libró la ciudad sitiada por los persas. Nombrado diácono de la Iglesia de Edesa, tuvo el cargo de la predicacion, y desempeñó este ministerio con tanto fruto como celo. Continuó sin embargo viviendo en el retiro, y moraba habitualmente en un monasterio cerca de la ciudad, donde muy pronto tuvo un gran nú-

mero de discípulos. Una vision le determinó á pasar á Cesarea para ver á San Basilio, y al entrar en la iglesia le chocaron tanto el recogimiento de los fieles, el órden y la pompa de las ceremonias, y sobre todo las elocuentes instrucciones del santo obispo, que no pudo menos de hacer su elogio en alta voz. Apenas supo San Basilio su nombre, arrebato tambien de admiracion por las virtudes del santo diácono, cuya reputacion se habia extendido tanto, le abrazó, estuvo conversando con él mucho tiempo, y se unió con él en íntima amistad. San Efrein pasó el último año de su vida en una continua ocupacion de celo y de caridad. El hambre desolaba entonces la ciudad de Edesa: salió Efrein de su celda, exhortó enérgicamente á los ricos á socorrer á los pobres, y se encargó de distribuir por sí las limosnas. Al morir pronunció un discurso que se llama su testamento, en que prohibe se le tributen los honores que á los santos; que se guarden sus hábitos como reliquias; y que se le entierre debajo del altar ó en otro parage de la iglesia. Encomienda con instancias que se hagan por él limosnas, oraciones y la oblation del santo sacrificio, principalmente á los treinta dias de su muerte.

Aunque San Efrein habia estudiado poco, no dejó de adquirir un profundo conocimiento de la religion por medio de la meditacion y lectura de obras santas. Compuso una multitud de obras tan estimadas, que segun el testimonio de San Jerónimo se leian públicamente en la iglesia despues de la Santa Escritura. Habia hecho unos comentarios sobre toda la Biblia, algunos tratados contra los arrianos, los novacianos y los otros hereges de su tiempo, un libro acerca del Espíritu Santo, varios tratados de moral y una multitud de discursos y homilias sobre diversos asuntos. Tambien se dedicó con mucho provecho á la poesia, y compuso varios himnos ó cánticos que los fieles se apresuraron á aprender y cantar en las iglesias ó mientras trabajaban. Todas estas obras se escribieron en lengua siríaca; pero las mas fueron traducidas en griego en vida suya. No nos queda sino parte de ellas, en que se comprenden gran número de sermones, de homilias y de panegíricos, varios himnos y muchos tratados ascéticos, que contienen instrucciones para los simples fieles ó para los solitarios. Nos enseña que los monges de la Siria se ocupaban en hacer esteras, cestas, cuerdas y telas, ó en copiar libros. Los unos eran anacoretas y vivian dispersos por los desiertos sin morada fija; algunos estaban encerrados en celdas, y otros vivian en comunidad. San Jerónimo testifica que las obras de San Efrein estaban llenas de fuego, de nobleza y de elocuencia. Debieron perder una parte de sus bellezas en las traducciones; pero todavia se encuentra en ellas el brillo de una imaginacion viva, gran riqueza de pensamientos y sobre todo una uncion tierna que penetra los corazones (1).

(1) Sozom. lib. III.—Greg. Naz. Vit. Ephrem.

Tambien murió por este mismo tiempo San Optato, obispo de Milevis en la Numidia. Nada se sabe de sus hechos; pero fué muy célebre por una obra que escribió contra los donatistas en el reinado de Valentiniano, y por los elogios que le dieron los santos Padres del siglo siguiente, entre otros San Agustín y San Fulgencio. Su obra se divide en seis libros, á los que se ha añadido otro que no parece suyo. San Optato los compuso para responder á un escrito de Parmeniano, sucesor de Donato, contra los católicos. Expone la historia de los donatistas, el origen de su cisma y las violencias que habian cometido; y destruyendo sucesivamente todas las razones falsas que alegaban en favor de su secta, asienta con este motivo principios que sirven para combatir á todos los que despedazan la unidad de la Iglesia. Se notan en el libro sexto con motivo de los sacrilegios cometidos entre los donatistas, muchos pasages, que ofrecen la prueba mas incontestable de la fé de los primeros cristianos sobre la presencia real en la Eucaristía.

El emperador Graciano continuaba protegiendo á la Iglesia de los atentados de los sectarios, y prestó todavía á la religion un servicio mas señalado elevando á Teodosio á la dignidad imperial. Era este de una familia ilustre de España; y aunque jóven habia adquirido ya un mérito eminente en la milicia. Mandaba en la Mesia, cuando supo que su padre habia sido condenado á muerte por sospechas infundadas. Entonces se retiró al lugar de su naturaleza; pero Graciano le llamó á poco tiempo, y le encargó que rechazara á los godos que continuaban asolando las fronteras del imperio. Los triunfos que alcanzó á la cabeza de su débil ejército, determinaron al emperador á elegirle por colega; y esta eleccion fué recibida con aplauso universal. Teodosio vistió la púrpura imperial en Sirmio el 19 de Enero del año 379. Tocáronle para gobernar todas las provincias del Oriente con la Tracia y una parte de la Iliria. El resto de ésta, la Italia y el Africa quedaron reservadas para Valentiniano el jóven, y Graciano retuvo solamente las Galias, la España y la Gran Bretaña.

FIN DEL TOMO I.



TABLA CRONOLÓGICA

de los Papas, emperadores y escritores eclesiásticos, de los principales concilios, de los hereges ó sectarios y de las persecuciones de la Iglesia, hasta el año 379.

PAPAS.

NOMBRES.	DATA DE SU ELECCION.	DATA DE SU MUERTE.
San PEDRO estableció su silla en Roma.	42	29 Junio 67
San Lino.	67	78
San Anacleto.	78	91
San Clemente.	91	100
San Evaristo.	100	26 Octubre 109
San Alejandro.	109	3 Mayo 119
San Sixto I.	7 Junio 119	127
San Telesforo.	127	2 Enero 139
San Higinio.	139	11 Enero 142
San Pio I.	9 Abril 142	11 Julio 157
San Aniceto.	157	17 Abril 168
San Sotero.	168	177
San Eleuterio.	177	193
San Victor.	193	202
San Ceferino.	202	20 Diciembre 218
San Calixto I.	219	14 Octubre 222
San Urbano.	222	25 Mayo 230
San Ponciano.	222	28 Setiembre 233
San Antero.	22 Julio 230	3 Enero 236
San Fabian.	21 Noviembre 235	20 Enero 250
San Cornelio.	10 Enero 236	14 Setiembre 252
San Lúcio I.	4 Junio 251	4 Marzo 253
San Estéban I.	25 Setiembre 252	2 Agosto 257
San Sixto II.	253	6 Agosto 258
San Dionisio.	24 Agosto 257	26 Diciembre 269
San Félix I.	22 Julio 259	2 Diciembre 274
San Eutiquiano.	29 Diciembre 269	8 Diciembre 283
San Cayo.	6 Enero 275	22 Abril 296
San Marcelino.	17 Diciembre 283	24 Octubre 304
San Marcelo I.	30 Junio 296	16 Enero 310
San Eusebio.	19 Mayo 308	26 Setiembre 310
San Melquiades.	20 Mayo 310	10 Enero 314
	2 Julio 311	